

de sus adversarios. El capitán de una nave, que perseguía, en una canoa de muy buenas condiciones, al oso, que huía á nado, alcanzólo al fin, y, al retirar el chuzo, que tres veces había sepultado en el cuerpo de su enemigo, cayó de la lancha, y fueron necesarios los esfuerzos de la tripulación para salvarle.

El oso, herido, no se deja amilanar fácilmente, y se dirige derecho hacia su enemigo, ávida de tomar venganza.

Unos marineros, desde una canoa, hicieron fuego á un oso que se hallaba sobre un témpano. Una de las balas tocó á la fiera, que, furiosa, saltó al agua, nadando en dirección á la canoa, la que pretendió asaltar. Merced á un vigoroso hachazo, le cortaron una pata, pero fué erbalde, porque el oso siguió al barquichuelo, que, á fuerza de remos, se dirigió hacia la nave; y, en el momento de saltar á la lancha, la fiera fué muerta á balazos.

El oso teme á los perros, estas semiferas avezadas á los rudos elementos del polo, que combaten con brío con aquel huésped de los hielos. Los perros de los esquimales semejan al lobo ártico por su pelaje abundante, rudo, sus orejas derechas y su hocico puntiagudo.

El oso blanco tiene aversión al humo, al fuego y á las detonaciones. El sonido de la trompeta sacude sus nervios, y generalmente le pone en fuga.

Empresa difícil es aprisionar vivo á un animal de la fortaleza, y á la vez prudencia, del oso.

El capitán de un ballenero,—refiere tambien Scoresby,—anhelaba poseer una piel de oso blanco bien entera, y para lograrlo era forzoso cazar á la fiera sin hacer uso de las armas de fuego.

Colocó sobre el hielo una cuerda con un nudo corredizo, y por cebo un pedazo de grasa de ballena.

Un oso que rodaba por los témpanos de los alrededores, atraído, sin duda, por el olor, vió el cebo, pero notó también el nudo corredizo, que envolvía una de sus patas. Con otra de las libres,

se desembarazó, y se llevó el cebo, que comió sosegadamente en sitio más seguro.

El capitán colocó un segundo cebo; pero esta vez el prudente oso se llevó la grasa, evitando el lazo.

Tenaz y furioso el capitán, hizo una tercera tentativa, ocultando la cuerda bajo la nieve; pero resultó también infructuosa.

Finalmente, se abrió un agujero, y dentro de él se colocaron un cebo y el lazo, dispuestos de suerte que el oso tuviese que meter la cabeza en el orificio; tarea inútil, pues el oso, ducho y desconfiado, olfateó el sitio, rascó la nieve del suelo, puso al descubierto la cuerda, y arrebató el cebo, sin dar en la trampa.

Los oseznos polares son también desconfiados, y arteros. Refiere también Scoresby que una osa polar llegó junto á su nave, donde fué muerta á balazos.

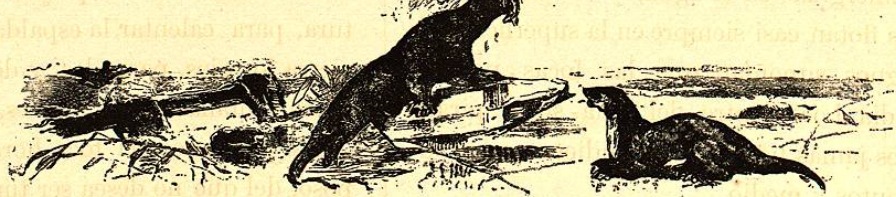
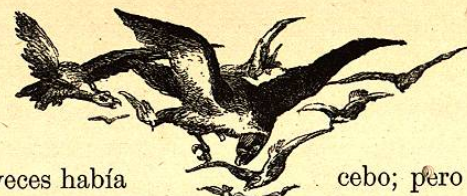
Los dos oseznos fueron cogidos vivos, y diferentes veces trataron de escapar escurriéndose entre los nudos que les aprisionaban, y valiéndose de los más ingeniosos y arteros medios.

Pocos europeos enderezan su paso al polo sólo para cazar osos blancos. Tarea es esta propia de los indígenas de aquellas regiones, ó bien de los exploradores y viajeros audaces.

Pero si alguno de nuestros lectores tiene deseo de batirse con el *ursus maritimus*, el camino menos incómodo es dirigirse á los Estados-Unidos de América, remontar el Missisipi, llegar por tierra hasta el lago Superior, y de allí ganar la factoría de York, y, más al norte, el fuerte de Churchill.

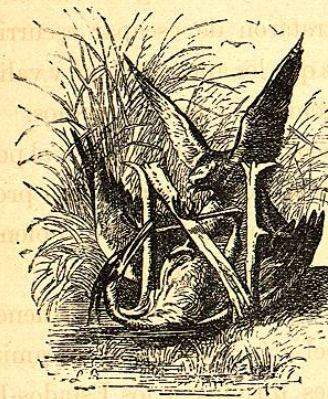
En aquellas regiones, cubiertas casi todo el año por la nieve y el hielo, vagan grandes osos blancos ó polares.

Los cazadores de osos han de ir armados de chuzos ó lanzas de aguda punta y fuerte temple, y fusiles de doble tiro, de gran precisión, cargados con balas cónicas. El traje ha de ser apropiado á un clima inclemente y riguroso, y son indispensables las bebidas alcohólicas.



## CAPITULO XI

### LA CAZA DE LAS FOCAS



o abandonemos aún las zonas glaciales, habitadas por el *ursus maritimus*, sin decir algo de la caza de las focas.

La foca habita en los mares del norte de

Europa, de Asia y América, y se la encuentra también en el Océano Glacial y en la parte norte del Grande Océano. No se muestra muy aficionada al interior de la tierra, y permanece sobre masas de hielo flotante.

Todas las focas habitan junto á las costas, y sólo las de Groenlandia son las que se alejan más de tierra.

Las focas, al abordar las costas, buscan los sitios solitarios y desiertos. El marino, al hallar en aquellos procelosos mares alguna foca, puede estar seguro de que dista, á lo sumo, 30 millas del continente.

Sumergidas en el agua, se mueven, agitan y corren, nadando á maravilla; y se sirven de sus patas delanteras á guisa de las aletas de los peces. No permanecen largo tiempo sumergidas en el agua; y cuando no se ven perseguidas flotan casi siempre en la superficie del mar. Los antiguos suponían que las focas podían permanecer media hora dentro del agua, sin respirar: es un error, pues jamás he visto que pudieran estar en él más de 5 minutos y medio.

Los habitantes de la Groenlandia, que conocen perfectamente todas las costumbres de las focas, adivinan, por la posición en que estos animales aparecen en el agua, si es ó no ocasión propicia de cazarlos.

Cuando la foca nada con la cabeza levantada, agita sus patas delanteras, y se sumerge con ruido, es indudable que *va de caza*, y persigue peces, y es fácil el cazarla, lo mismo que cuando juguetea, nadando descuidadamente de espaldas.

Las focas permanecen días, y aun semanas enteras, en el mar. Cuando salen del agua, buscan el reposo, y duermen en la playa.

La marcha de las focas deja huellas características en la arena; pues, sirviéndose de las patas delanteras, se apoyan sobre ellas, lanzando su cuerpo hacia adelante. Su carrera es rápida, á despecho de su apariencia pesada, y un hombre á la carrera á duras penas puede alcanzar á una foca.

Una foca entregada al reposo ofrece la imagen acabada de la pereza. Cuando el Sol luce, se tiende, y permanece inmóvil en la playa, cambiando á ratos de postura, para calentar la espalda, lados ó vientre. Abre y cierra los ojos, parpadea, y de tiempo en tiempo dilata las ventanas de las narices, ó abre las orejas.

Así permanece la foca horas enteras en beatífico reposo, del que no desea ser turbada; y es necesario que

el peligro esté muy cercano para que se desperece y abandone su posición.

Curioso es ver el espectáculo que ofrecen gran número de focas abordando una playa, y disputándose, y luchando para coger el sitio más cómodo; y, como siempre, el más fuerte vence y arroja al poseedor débil.

La voz de las focas es ronca, suerte de ladrido estridente; y en la época del celo dejan oír una especie de mugido extraño.

Los sentidos de las focas hállanse bien desarrollados: su vista es excelente; su oído fino, á pesar de la pequeñez de la abertura de su conducto auditivo.

La época del celo varía según las zonas donde habitan las focas. En el norte es en otoño, y hacia el sur de abril á junio. Los viejos machos hállanse, entonces, sobrecitados, y se entregan á violentos combates, soñando sólo en sus amores, dando al olvido su timidez.

«Hallándome con un compañero de caza,—cuenta Schilling,—hallé, en una pequeña isla desierta, diez ó doce focas, en la época del celo, gruñendo y aullando desesperadamente. Ocultos por los accidentes del terreno, imitamos la voz del macho, y vimos acercarse con afán las hembras, á las que, con leve esfuerzo, pudimos dar muerte.»

## II

La foca es, para muchos pueblos del norte, un animal muy útil, pues proporciona alimento ó grasa, y pieles muy estimadas por los europeos, por su cualidad impermeable.

La caza á la foca se hace sin cuartel, sin piedad, y es una guerra de verdadero exterminio.

Raro es que se empleen las armas de fuego en la caza de las focas.

El cazador ha de procurar cazar la foca en la playa; pues, muerta en el mar, se sumerge como una bala de grueso calibre.

En la costa oriental de la isla de Rügen, y á algunos centenares de la punta más avanzada, se hallan numerosos bloques de granito, que aparecen algunos metros sobre el nivel del mar.

Una bandada de cuarenta ó cincuenta focas se halla constantemente en aquellos sitios; pero lo difícil para el cazador es llegar allí sin ser visto por las focas.

«Uno de mis amigos,—cuenta el naturalista Schilling,—queriendo proporcionarme la ocasión de estudiar de cerca las focas, y cazarlas, hizo atar un tonel grande en aquel arrecife, donde pudiera esconderse un hombre. Al cabo de ocho días, sabíamos que las focas se habían habituado á ver el tonel, y permanecían tranquilas y confiadas en el mismo sitio.

Provistos de víveres para una semana, nos hicimos á la vela hacia aquella playa desierta, y construimos una cabaña en una de las revueltas de la isla, media legua escasa distante del promontorio visitado por las focas.

Uno de nosotros se hallaba metido siempre dentro del tonel. Cuando me tocó el turno de tan extraño y característico acecho, veía el terreno solitario y abrupto, batido por las murmuradoras y embravecidas olas del mar.

Pronto un espectáculo nuevo, interesante, extraño, se ofreció á mi vista. A unos cuatrocientos pasos, vi aparecer la cabeza de una foca; después, otra, otra más... hasta que la playa quedó llena de anfibios. Aquel ejército se dirigió hacia el arrecife, donde estaba enclavado mi tonel.

Durante un instante, temí que la vista de mi cabeza, que salía del tonel, les infundiría pavor, con mayor motivo cuando observé que varias focas se erguían, y miraban con inquietud en dirección á mi acecho.

Pero, empujándose unas á otras, continuaron avanzando, llegando algunas hasta el pie del tonel.

Mi posición,—continúa Schilling,—era harto singular: metido dentro del tonel, inmóvil como una estatua, rodeado de escarpados arrecifes, veía trepar por las rocas multitud de focas.

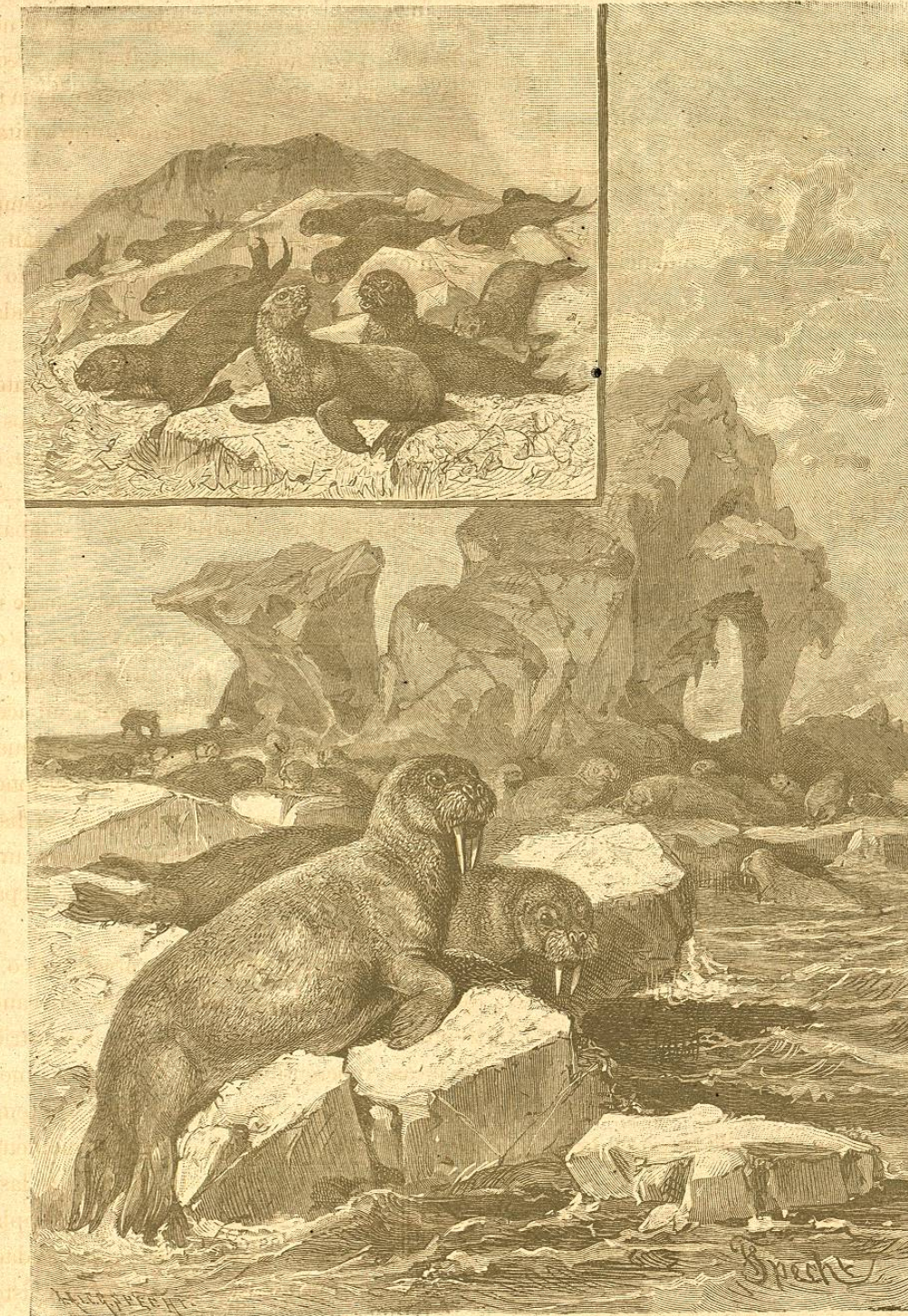
El espectáculo, además de característico, era grandioso. El ruido de las olas agitadas chocando con estrépito con las rocas, los gritos agudos, estridentes, de las focas, repercutidos por los ecos; sus movimientos inquietos, sus posturas, sus juegos; me embelesaron de tal suerte, que durante algunos momentos olvidé que tenía un buen fusil de dos tiros entre las manos.

Al fin, la prosa se sobrepuso á la contemplación beatífica, y, convirtiendo los ojos á la realidad, y algo avergonzado, recordé que mi amigo, provisto de excelentes anteojos, me estaba mirando desde la playa opuesta, y que, al ver mi inacción, y que me hallaba rodeado de focas, podía pensar que me había sobrevenido algún accidente.

Á mi sabor, pude escoger por blanco una magnífica foca, y disparé, quedando el animal tendido sin vida. Una segunda bala tocó á otra foca, que, tras breves convulsiones, también expiró.

La primera detonación no produjo otro efecto en la bandada de focas que la estupefacción; pero la segunda fué la señal de «¡sálvese quien pueda!» lanzándose los anfibios al agua.

Mientras que la canoa de mi amigo enderezaba el rumbo hacia el promontorio, para buscarme, pude observar la fuga de las focas. Sólo se habían alejado algunos centenares de metros en el mar, y apareciendo



Focas

varias veces á la superficie del agua; y no dudo que hubieran vuelto inmediatamente al arrecife, á no haber sido la presencia de la canoa, que les hizo continuar su fuga.

Mi amigo me reemplazó en el tonel, y yo entré en la

improvisada cabaña, cargado con mi precioso botín.

Pasaron dos horas antes que las focas aparecieran de nuevo. Con auxilio de los anteojos, vi reunida la bandada de anfibios en el arrecife. Se oyeron dos detonaciones; y al dirigirme, á mi vez, en la canoa, al en-